

bres, se hubieran inclinado á Inglaterra, si esta nacion no hubiese mirado con ojos de codicia sus colonias. En vano se les decia que sin la dificultad que empezaba á nacer de esas mismas colonias, la paz seria la mitad mas facil, que su participacion en los gastos de la guerra era en justo premio de los esfuerzos que estaba haciendo Francia en todas las negociaciones para recobrar sus posesiones maritimas, y que teniamos derecho á abandonarlos si no querian contribuir á sostener la lucha, en vano se les decia todo esto, pues respondian que estaban prontos á renunciar á sus colonias, á trueque de conseguir la paz. Aunque hablaban de este modo, hubieran clamado justamente si Francia hubiese tratado sobre semejante base: por lo demas, la riqueza que hoy tiene Java nos dá á conocer si los intereses que defendia Francia eran de poca importancia; siendo estos intereses los de las colonias. El rey Luis tomó el partido que le parecia mas facil, que fué entrar en las miras de los holandeses, y grangearse su cariño accediendo á sus deseos. No hay duda que al aceptar el gobierno de un pais, debe uno prohiar sus intereses; pero es preciso distinguir los duraderos de los que no lo son, es preciso favorecer unos, sobreponerse á otros, y si el rey de una nacion estrangera hasubido al tronopor las armas de su patria, es preciso renuncie á un papel que le obligaria á hacer traicion al uno ó al otro. Luis no se veia en tan dura necesidad, porque la verdadera política de los holandeses debió consistir en unirse estrechamente á Francia, para luchar contra la supremacia marítima de la Inglaterra, por cuyo triunfo debian perder la libertad de los

mares, que era donde pasaban la vida, y sus colonias, sin las cuales no podian subsistir. Queriendo darles gusto mas bien que servir sus intereses, Luis aceptó un sistema de hacienda, que estaba de acuerdo con sus miras del momento. A los 35.000,000 de florines de que se componian los ingresos, añadiéronse cerca de otros 15 en nuevas contribuciones, con lo cual ascendia el total de las rentas á 50.000,000 de florines; y para reducir los 78.000,000 de gastos á 50 disminuyóse proporcionalmente el ejército y la marina, escribiendo el rey de Holanda á Paris que iba á abdicar el trono si no aprobaban aquella rebaja. De este modo encontraba Napoleon en sus propios hermanos el espíritu de resistencia de los pueblos aliados, que creyó se atraeria mas y mas convirtiéndolos en reinos para los individuos de su familia. Así es que se resintió en gran manera, pues bajo aquel espíritu de resistencia se ocultaba mucha ingratitud, tanto de parte de los pueblos que Francia habia sacado de la esclavitud, como de los reyes á quienes habia coronado. Con todo no dió suelta á su resentimiento, y contestó que consentia en las rebajas propuestas, pero que no estrañase Holanda que en las negociaciones que entonces se ventilaban ó las que se entablasen en lo sucesivo, la dejase abandonada á sus propios recursos. «Holanda, así decia, tiene derecho á negar subsidios, pero tambien lo tiene Francia para negarle su apoyo.»

Como los enemigos son maliciosos, no tardan en penetrar los secretos mas ocultos, de suerte que adivinaron por la conducta de Luis que se resistia á seguir los consejos de Napoleon, y esto

le valió una popularidad inmensa. El referido monarca además hacia gala de una severidad de costumbres, adecuada á los gustos de un país económico y prudente, y con esto se granjeó mas y mas el cariño del pueblo holandés. Sin embargo, al mismo tiempo que Luis ostentaba sencillez, queria costear una coronacion y una guardia real, creyendo que de este modo se aseguraria mejor la posesion del trono de Holanda que le interesaba mas que lo que aparentaba. Napoleón criticó la creacion de dicha guardia por las mismas razones que ya habia manifestado á José, y se opuso perentoriamente á la ceremonia de una coronacion en los momentos en que iba á arder en Europa el fuego de una guerra general. Así, pues, desde el primer día sobrevenian las dificultades inherentes á esos tronos de familia que Napoleón fundó por cariño y por sistema. Unos aliados independientes, á quienes hubiese tratado con arreglo á los servicios que le prestaran hubieran valido mas seguramente en cuanto á poder y cariño.

Tal era la marcha general de las cosas en la vasta estension del imperio francés en el momento mismo del rompimiento con Prusia. Sin contar las tropas de la confederacion del Rin y del reino de Italia, tenia Napoleón cerca de quinientos mil hombres, entre los cuales es preciso comprender á los suizos que servian en virtud de capitulaciones, y además algunos valaisanos, polacos y alemanes que habian pasado al servicio de Francia. Despues de descontar los gendarmes, veteranos é inválidos, todavía quedaban cuatrocientos cincuenta mil hombres de tropas activas, cuyo

número se componia de ciento treinta mil que se hallaban al otro lado de los Alpes, incluso los depósitos, ciento setenta mil en el ejército grande, acantonados en el Palatinado alto y la Franconia, cinco mil que quedaron en Holanda, otros cinco mil á bordo de los buques, y por último ciento cuarenta mil esparcidos por lo interior, á los cuales pertenecian la guardia imperial, los regimientos no empleados fuera y los depósitos. Exceptuando algunos regimientos de infanteria, que constaban de cuatro batallones, todos los demas tenian tres, estando destinados dos de ellos á entrar en campaña, por lo cual se llamaban batallones de guerra, y uno de depósito situado por lo regular en la frontera. Los batallones de depósito del ejército grande estaban colocados á lo largo del Rin, desde Huningue hasta Wesel, y algunos en el campamento de Boloña, hallándose los del ejército de Italia en Piamonte y Lombardia. Napoleón ponía sumo cuidado en organizar los depósitos, y queria que los concriptos llegasen á ellos con un año de antelacion, para que durante él se les instruyese, disciplinase y acostumbrase á las fatigas; fin á de que pudieran reemplazar á los soldados veteranos que fallecian de muerte natural ó perecian en la guerra. La conscripcion de 1805 llamada á las armas á fines del mismo año, y la mitad de la de 1806 que lo fué al principio del año, llenaron los cuadros de hombres aptos para el servicio, y un buen número de ellos fué enviado á Alemania é Italia. Napoleón llamó tambien á la segunda mitad de la clase de 1806, conocida con el nombre de reserva en las leyes de aquella época, debiendo tener presente que entonces subia el

contingente de cada año á sesenta mil hombres á propósito para ser incorporados, á pesar de que todavía no regia la ley de la conscripcion en siete ú ocho departamentos de la Bretaña y la Vendée, lo cual es digno de llamar la atencion. De consiguiente iban á ingresar en los cuadros treinta mil hombres mas; pero con la marcha de los hombres ya instruidos debía quedar hueco suficiente para los recién llegados. Napoleon por otra parte, quería dirigir hácia Italia gran parte de estos últimos, tomando precauciones particulares con los conscriptos destinados á pasar los Alpes. Aun antes de incorporarlos, hacia que marchasen en gruesos destacamentos, mandados por oficiales, y uniformados, á fin de no presentar fuera del imperio hombres aislados, vestidos de paisanos.

Después de cuidar del aumento del ejército, Napoleon siguió completando sus recursos con extraordinaria habilidad.

Austria aseguraba que sus intenciones eran pacíficas y Napoleon hacia iguales protestas; pero resolvió no obetante tomar sus medidas, por si se aprovechaba de su alejamiento para caer sobre Italia. El general Marmont ocupaba la Dalmacia con veinte mil hombres, y Napoleon le previno, después de escalonar destacamentos desde el centro de la provincia hasta Ragusa, que se mantuviese con el grueso de sus fuerzas en Zara, ciudad fortificada y capital de aquel país, que reuniese allí víveres, armas y municiones, y por último que la convirtiese en punto de apoyo para todas sus operaciones tanto defensivas como ofensivas. Si le atacaban en Zara, podia oponer larga y vigorosa resistencia, y si por el contrario, se veia

obligado á alejarse para concurrir á las operaciones del ejército de Italia, en aquella misma plaza tenia un lugar seguro donde poder depositar material, heridos, enfermos, todo cuanto no se necesita para la guerra activa, y lo que no pudiese llevar consigo.

Eugenio, rey de Italia y confidente de los pensamientos de Napoleon, tenia orden de no dejar en Dalmacia nada que no fuese absolutamente indispensable, en material ó en hombres, y de reunir todo lo demas en las plazas fuertes de Italia. Estas plazas desde la conquista de los estados venecianos, habian sido objeto de una nueva clasificacion, calculada con habilidad, y estaban llenas de trabajadores que se ocupaban en construir las obras propuestas por el general Chasseloup y mandadas ejecutar por Napoleon. La principal y mas avanzada hácia el Austria, era Palma-Nova, y después de la famosa ciudadela de Alejandria, era la en que con mayor actividad se trabajaba, porque dominaba la llanura del Frioul. Las otras eran; Osopo, un poco á la izquierda, y cerrando las gargantas de los Alpes Julianos: en seguida sobre el Adige Legnago, sobre el Mincio Mantua, y por último, sobre el Tanaro Alejandria, base esencial del poderío francés en Italia. En esas plazas se mandó encerrar la artillería, la cual subia á mas de ochocientas bocas de fuego, previniendo no se dejase fuera de su recinto ningun objeto, como cañon, fusil ó proyectil, de que el enemigo pudiera apoderarse por sorpresa. Venecia, cuyo estado de defensa no se habia mejorado aun, pero que tenia en su favor las lagunas, entró tambien en aquella clasificacion, eligiendo Na-

napoleon para que la mandase al general Miollis, dotado de extraordinaria energia, y previniendo a este último ejecutase allí con premura las obras necesarias para poder aprovecharse de las ventajas del sitio, hasta que se construyeran las obras regulares que debian convertirla en una plaza inespugnable. En aquellos reductos de Osopo, Palma-Nova, Legnago, Venecia, Mantua y Alejandria, distribuyó Napoleon los depósitos, repartiéndolos que pertenecian a los ejércitos de Dalmacia y Lombardia, en las plazas de Palma-Nova hasta Alejandria, a fin de que las guarneciesen, instruyéndose al mismo tiempo. Los pertenecientes al ejército de Nápoles se reunian en las Legaciones, y allí debian dirigirse los quince ó veinte mil conscriptos destinados á Italia. Napoleon no cesaba de repetir que la calidad y duracion de un ejército dependian del cuidado que se pusiese en conservar la salud de los batallones de depósito, y en tal concepto tomó las medidas necesarias para que la salubridad corriese parejas con la instruccion, y para que aquellos batallones pudiesen suministrar siempre, ademas de la gente necesaria para los de guerra, las guarniciones de las plazas y una ó dos divisiones de refuerzo, que estuviesen prontas á dirigirse á los puntos en que fuera necesaria su presencia. Asegurada de este modo la defensa de las plazas, quedaba enteramente disponible el ejército activo, el cual consistia para Lombardia en diez y seis mil hombres, esparcidos en el Frioul, y en veinte y cuatro mil escalonados desde Milan á Turin, unos y otros dispuestos á marchar. Quedaba el ejército de Nápoles, que se componia de unos cincuenta mil

hombres, y cuya mayor parte se hallaba en estado de obrar inmediatamente. Massena se encontraba en punto conveniente, y tenia orden, así que estallase la guerra con Austria, de encaminarse hácia la Italia alta con treinta mil hombres, y reunirlos á los cuarenta mil que ocupaban el Piamonte y la Lombardia. Ningun ejército austriaco era capaz de desalojar al tercio de Massena, como dispusiese de setenta mil franceses; y pudiera apoyarse en Palma-Nova, Osopo, Venecia, Mantua y Alejandria. Por último, aunque sucediese lo que no era de temer, el general Marmont debia hacer su papel, pues de ser bloqueado en Dalmacia, estaba seguro de retener delante de sí á treinta mil austriacos por lo menos, y si no lo era, podia caer sobre el costado ó la espalda del enemigo.

Tales eran las instrucciones dirigidas al príncipe Eugenio para que pusiese la Italia en estado de defensa, á cuyo fin se le decia lo siguiente: «Lee todos los dias esas instrucciones, y examina por la noche lo que hayas hecho para ejecutarlas, pero sin ruido, sin calentamientos de cabeza, y sin nada de alármas.» (Saint-Cloud, 18 de setiembre de 1806).

Napoleon, siempre pensando en lo que podria intentar Austria mientras él estuviese en Prusia, tomó iguales precauciones por la parte de Baviera, mandando al mariscal Soult que dejase una fuerte guarnicion en Braunau, plaza de alguna importancia, á causa de estar situada sobre el Inn. Ademas encargó se hiciesen las obras mas urgentes, y reuniera allí la madera que baja de los Alpes por el Inn, diciendo que *con brazos y madera*

podía crearse una plaza fuerte en cualquier parte, aunque no hubiese nada. Envió de guarnición á Braunau al 3.º de línea, hermoso regimiento de cuatro batallones, tres de ellos de guerra, mas de quinientos hombres de artillería, otros quinientos de caballería, un destacamento bávaro, y muchos oficiales de ingenieros, cuya fuerza total ascendía á unos cinco mil hombres. También reunió allí viveres para ocho meses, gran cantidad de municiones, y una considerable de dinero, añadiendo á estas precauciones la elección de un comandante enérgico, al cual dió instrucciones dignas de servir de lección á todos los gobernadores de poblaciones sitiadas. Estas instrucciones contenían la orden de defenderse á todo trance, y de no rendirse sino en caso de absoluta necesidad, y despues de sufrir tres asaltos repetidos.

Napoleon decidió además, que parte del ejército bávaro, el cual estaba á su disposición en virtud del tratado de la confederación del Rin, se reuniese en las orillas del Inn, mandando formar una división de quince mil hombres de todas armas, y situarla á tiro de cañon de Braunau. Aquellas fuerzas, si no podían entrar en acción, eran sin embargo un obstáculo para un enemigo que desembocase de pronto, y un punto de apoyo para el ejército que fuese á socorrer la Baviera. Efectivamente, por mucho que se internase Napoleon en Alemania, siempre podía, despues de alejar á los prusianos y rusos ganando una batalla, dar una vuelta, caer por Silesia ó Sajonia sobre Bohemia, y castigar severamente á Austria, si se atrevía á intentar una nueva agresión.

Puesto ya en guardia contra el Austria, pensó

Napoleon en las partes del imperio por donde era de temer desembarcasen los ingleses, mandando á su hermano Luis que formase un campamento en Utrech, compuesto de doce ó quince mil holandeses, y de los cinco ó seis mil franceses que habían quedado en Holanda. Además reunió en derredor de la plaza de Wesel, que Francia acababa de adquirir en cambio del ducado de Berg, dado á Murat, una división francesa de diez á doce mil hombres, debiendo trasladarse á Wesel el rey Luis, tomar el mando de aquella división, y con ella y las tropas del campamento de Utrech, dar un ataque simulado con treinta mil hombres contra Wesfalia. También se le encargó espaciese la voz de que iban á reunirse ochenta mil hombres, y que hiciese algunos preparativos en la parte material con el fin de que adquiriese crédito aquella voz, pues Napoleon, por razones que pronto apreciaremos en su justo valor, deseaba llamar hácia aquel lado la atención de los prusianos, pero en la realidad quería que el rey Luis no se alejase demasiado de Holanda, y que siempre estuviera en situación, ora de defender su reino contra los ingleses, ora de enlazar sus movimientos con los de los cuerpos franceses situados en el Rin ó en Boloña. Además de los siete cuerpos del ejército grande, cuyo papel era hacer la guerra á lo lejos, Napoleon resolvió formar otro al mando del mariscal Mortier, para que hiciese un movimiento perpendicular en derredor de Maguncia, vigilase la Hesse, tranquilizase con su presencia á los confederados alemanes, y diese ayuda al rey Luis hácia Wesel. Aquel cuerpo, formado con tropas del interior, debía componer-

se de veinte mil hombres, siendo menester toda la industria de Napoleon para que ascendiese á este número, porque quitando de los ciento cuarenta mil hombres que habia en el interior los depósitos y la guardia imperial, quedaban disponibles muy pocas tropas. Dejando aparte aquel octavo cuerpo, el mariscal Brune estaba encargado lo mismo aquel año que el anterior, en guardar la escuadrilla de Boloña con los marinos y algunos batallones de depósito, que ascendian á unos diez y ocho mil hombres. Napoleon no queria valerse de los guardias nacionales sino con mucha circunspeccion, porque temia agitar el pais y estender sobre todo á una parte sobrado grande de la poblacion las cargas de la guerra. Contando no obstante con el espíritu belicoso de ciertas provincias fronterizas, no le causaba repugnancia sacar de Lorena, Alsacia y Flandes, algunos destacamentos poco numerosos, bien escogidos, compuestos con las compañías preferentes, es decir, con los granaderos y zapadores, y pagados desde el momento que mudasen de puesto. Su número debia ser seis mil para el Norte, y seis mil para el Este, no cabiendo duda que los seis mil guardias nacionales del Norte, reunidos á las órdenes del general Rampon establecidos en Saint-Omer, y organizados con esmero, pero poco distantes entre sí, presentaban una reserva útil, siempre dispuesta á correr en busca del mariscal Brune, para socorrerle con generoso patriotismo. En cuanto á los seis mil guardias nacionales del Este, debian reunirse en Maguncia, formar la guarnicion de esta plaza, y dejar así mas disponibles las tropas del mariscal Mortier.

El mariscal Kellermann, que era uno de los veteranos, á quienes Napoleon acostumbraba poner al frente de la reserva, mandaba los depósitos estacionados á lo largo del Rhin, y al mismo tiempo que cuidaba de su instruccion, podia, valiéndose de soldados ya instruidos, formar un cuerpo de alguna valia, trasladándose allí rápidamente, cuando el Rhin Alto se viese amenazado de algun riesgo.

Gracias á esta reunion de medios, habia con que hacer frente á todas las eventualidades: que la Hesse, por ejemplo, escitada por los prusianos, inspirase alguna inquietud; allí estaba el mariscal Mortier que podia trasladarse desde Maguncia á donde conviniese con el cuerpo octavo, debiendo llevarle parte de las tropas acampadas en Utrech y Wesel, el rey Luis, escalonado, como ya sabemos. Si el peligro amenazaba á Holanda, tenian orden de reunirse el príncipe Luis y el mariscal Mortier, yendo tambien hácia allí el mariscal Brune. Si, por el contrario, el peligro amagaba á Boloña, el mariscal Brune debia ser socorrido por el rey Luis, quien tenia obligacion de acudir en caso de necesidad hácia aquella parte de las fronteras del imperio. Con este sistema de escalones, calculado con rigurosa esactitud, todos los puntos expuestos á cualquier incidente, desde el Rhin alto hasta Holanda, y desde Holanda hasta Boloña, podian ser socorridos á tiempo, y tan pronto como lo exigiese la marcha del enemigo mas diligente.

Quedaban por guardar las costas de Francia, desde Normandia hasta Bretaña, y Napoleon dejó en aquellas provincias varios regimientos, reuniendo como lo tenia de costumbre las compañías

de preferencia, en un campamento ambulante formado en Pontivy, compañías que ascendían á dos mil cuatrocientos granaderos y zapadores. El general Boyer estaba encargado en mandarlos, y tenía á su disposición fondos secretos, espías y destacamentos de gendarmes, debiendo patrullar por los sitios sospechosos, y si Cherburgo ó Brest se veían amenazados de un desembarque, acudir allí con los dos mil cuatrocientos hombres que tenía á sus órdenes. Napoleón solo conservó en París un cuerpo de ocho mil hombres, compuesto de tres regimientos de infantería y algunos escuadrones de caballería, regimientos formados con conscriptos, y por cuya instrucción miraba cuidadosamente Junot, gobernador de París, empleando en ello toda su ciencia. Aquellos ocho mil hombres componían la última reserva, dispuesta á trasladarse á donde fuese necesario, pues Napoleón acababa de imaginar un medio de que las tropas via asen en posta, medio que empleó la guardia imperial, la cual se trasladó desde París al Rhin en seis días. Las tropas destinadas á viajar de aquel modo, hacían el primer día de salida una marcha forzada á pie, y luego entraban en carros, cada uno de los cuales llevaba diez hombres, y se hallaban escalonados de diez en diez leguas, de modo que andaban al día veinte. Por cada tiro de caballerías se pagaba 5 francos, de suerte que no se quejaban los labradores que tenían que prestar aquel servicio. Napoleón mandó preparar un convoy en los caminos de Picardía, Normandía y Bretaña, á fin de trasportar en cuatro, cinco ó seis días á Boloña, Cherburgo ó Brest los ocho mil hombres que habían quedado en París, en cuyo caso no habría en la capital fuerza alguna

regular, porque decía Napoleón al príncipe Cambraceres, que le manifestaba alguna inquietud con tal motivo: «es preciso que París se acostumbre á no ver en las esquinas de las calles tantos centinelas.» Solo debía permanecer por lo tanto en París la guardia municipal, que entonces ascendía á tres mil hombres, bastando el nombre de Napoleón y lo pacífico de aquellos tiempos, para guardar la capital, sin necesidad de mas fuerzas.

En cuanto á los puertos de Tolon y Génova, Napoleón dejó en ellos fuertes guarniciones, aunque sabía que los ingleses no eran tan necios que fuesen á intentar un ataque contra plazas tan bien fortificadas. Por donde él temía era por Boloña.

Así, pues, en el vasto círculo á donde se extendían su prevision, trató de conjurar todos los riesgos posibles. Si, dando Austria á Prusia un socorro que no había recibido de ella, tomaba parte en la guerra, el ejército de Italia, concentrado á las órdenes de Massena, y apoyado en plazas de primer orden, tales como Palma-Nova, Mantua, Venecia y Alejandría, podía oponer setenta mil hombres á los austriacos, mientras que con doce ó quince mil caería el general Marmont sobre el costado por el camino de Dalmacia. El Inn, Braunau y los bávaros debían ser suficientes en el primer momento para defender á Baviera. El mariscal Keilermann contaba con los depósitos para cubrir el Rhin alto. El mariscal Mortier, el rey Luis y el mariscal Brune, con solo salir al encuentro unos de otros, estaban en situación de poder reunir cincuenta mil hombres en el punto que se viese amenazado, desde Maguncia hasta Helder, y desde el Helder hasta Boloña. París en fin, en caso de un

peligro inminente, podía reducirse á sus tropas de policia, y enviar un cuerpo de reserva á las costas de Normandía ó de Bretaña.

Aquellas diferentes combinaciones, redactadas con suma claridad no solo en el todo sino en los pormenores, fueron comunicadas al príncipe Eugenio, al rey José, al rey Luis, á los mariscales Kellermann, Mortier y Brune, y en una palabra, á cuantos debian concurrir á su ejecucion. Cada uno de ellos sabia lo necesario para cumplir con su cometido, y el archicanciller Cambaceres, situado en el centro, daba órdenes en nombre del emperador, siendo el único que estaba enterado del conjunto.

Como á Napoleon le bastaban veinte y cuatro ó cuarenta y ocho horas para arreglar sus planes, y ordenar los pormenores, cuando se decidia á obrar, dictó entonces casi sin descansar en uno ó dos dias unas doscientas cartas, que han llegado hasta nosotros, y eternamente servirán de modelo para el arte de organizar ejércitos y gobernar imperios. El príncipe Berthier, que solia ser intérprete de su voluntad, tuvo que quedarse en Munich con motivos de los asuntos de la Confederación del Rhin, por lo cual llamó al general Clarke, dedicando el 18 y 19 de setiembre á dictarle sus órdenes. Napoleon preveía que habian de transcurrir aun veinte dias en inútiles esplicaciones con Prusia, y que despues empezaria la guerra inevitablemente, porque las esplicaciones no podian poner término á semejante controversia: empleó, pues, aquellos veinte dias en completar el ejército grande, y proporcionarle cuanto pudiese necesitar todavía. En veinte dias no podia ponerse en pie de

guerra un ejército numeroso, aun cuando los regimientos de que debiera componerse estuviesen completamente organizados cada uno por su parte. Reunirlo en un punto principal, distribuirlo en brigadas y divisiones, formarle un estado mayor, y proporcionarle parques, equipages y toda especie de material, exigia tambien una série de operaciones tan largas como complicadas; pero sorprendido Napoleon el año anterior por el Austria en el momento de pasar á Inglaterra, y aquel año por la Prusia á su regreso de Austerlitz, tenia un ejército perfectamente preparado, y ya en medio del teatro de la guerra, puesto que se hallaba en el Palatinado alto y la Franconia. Nada dejaba que desear bajo ningun aspecto, pues disciplina, instruccion, hábitos de guerra renovados recientemente en una campaña inmortal, fuerzas reparadas con muchos meses de descanso, completa salud, deseo de pelear, amor á la gloria, cariño sin limites, todo lo tenia. Si habia perdido algun tanto de la regularidad en las maniobras en que se distinguia al salir de Boloña, habia reemplazado esta cuatidad mas aparente que sólida con un aplomo y una libertad en los movimientos que solo se adquiere en los campos de batalla. Su uniforme, usado pero limpio, aumentaba su aire marcial, pues ya hemos dicho en otra parte que no habia querido sacar de los depósitos ni trage nuevo ni soldada, á fin de disfrutar todo esto cuando se celebrasen las funciones que Napoleon tenia dispuestas para setiembre, funciones soberbias pero quiméricas, como el millar que ofreció la Convencion. Aquel ejército heroico, consagrado á luchar eternamente, no debia conocer otras funciones que

batallas, mas entradas triunfales que las que hiciera en las capitales conquistadas, ni otra admiracion que la de los vencidos: ¡Gracias que hubiera algunos entre aquellos valientes que estuvieran destinados por la suerte á volver á sus hogares, y á morir con tranquilidad! Y aun esos mismos estaban condenados á ver á su patria invadida, desmembrada, y privada de la grandeza á que la elevaron á costa de su generosa sangre.

Sin embargo, por muy bien preparado que esté un ejército, nunca lo está hasta el punto de no necesitar nada. Napoleon unia á su esperiencia profunda de la organizacion de las tropas un conocimiento personal de su ejército, verdaderamente extraordinario, pues sabia donde residian sus regimientos, en qué estado se hallaban, á cuanto ascendian, lo que faltaba á cada uno, tanto en gente como en la parte material, y si dejaban en alguna parte un destacamento que disminuyese su número, sabia á donde ir á buscarle. Su primer cuidado era siempre calzar al soldado y librarle del frio, por lo cual envió al momento zapatos y capotes, disponiendo que cada soldado llevase puestos un par de zapatos, y otros dos en la mochila, y que uno de dichos pares se diese á los cuerpos por vía de gratificacion, gratificacion de no escasa importancia si se tiene en cuenta lo módico que es el haber del soldado. Aunque el ejército no necesitaba aun caballos, solícito por el buen estado de los depósitos, y deseoso de que ni faltasen hombres ni caballos, mandó comprar en Francia y el estrangero todos los de montar y de tiro que se encontrasen. En seguida dispuso que saliesen de los depósitos, los cuales iban á llenar-

se de concriptos, treseientos ó cuatrocientos hombres por cada regimiento, á fin de que los batallones de guerra tuviesen ochocientas ó novecientas plazas, porque sabia que á los dos meses de campaña, quedarian reducidas á seiscientas ó setecientas. Con esto debia aumentarse el ejército grande en veinte mil combatientes, siendo posible entonces licenciar, sin que las filas disminuyesen demasiado, á los soldados consumidos de cansancio, pues únicamente saliendo heridos ó perdiendo la vida era como los soldados de la revolucion descansaban de sus trabajos. Así es que habia en las filas soldados ya viejos, agregados á sus regimientos como á una familia, y rebajados de toda clase de servicio, pero siempre dispuestos á desplegar su antiguo valor en caso de peligro, y ocupados en contar en sus momentos de ocio á los soldados bisoños los prodigios á que habian concurrido. Habia tambien muchos oficiales, capitanes en su mayor parte, que no se hallaban en estado de servir, y Napoleon mandó sacar de las escuelas militares á todos los jóvenes en edad de poder hacer la guerra, para nombrarlos oficiales, porque apreciaba á los alumnos de aquellas escuelas, y veia en ellos no solo instruccion sino valor, efecto de una buena educacion, que así eleva el corazon como la mente.

Despues de adoptar los medios necesarios para rejuvenecer el ejército, se ocupó en organizar los equipages, porque queria no fuesen muy pesados, á fin de llevar los menos bagages posibles. Algunos han sostenido que se inclinaba á no tener almacenes; pero era mucha su esperiencia, para que fuese á mirarlos con desden. Además, cuida-

ba de las provisiones lo mismo que de las plazas fuertes; pero la guerra ofensiva, que preferia á cualquiera otra, no permitia formar almacenes, pues hubiera sido preciso formarlos en territorio enemigo, acostumbrando como acostumbraba invadir el suelo extranjero así que se daba principio á las operaciones. El sistema adoptado para dar de comer á las tropas se reducía á vivir por la noche sobre el pais ocupado, á estenderse lo bastante para poder mantenerse, y no para ser dispersados, y luego á llevar consigo en carromatos pan para muchos dias. Aquellas provisiones, cuidadas con esmero, y renovadas siempre que se hacia alto, servian cuando habia una aglomeracion extraordinaria de tropas, lo cual sucedia antes ó despues de dar una batalla; y para conducir las calculó Napoleon que necesitaba dos carros para cada batallon, y uno para cada escuadron. En una palabra, el ejército necesitaba cuatrocientos ó quinientos carros, incluso los de los enfermos y heridos, y se prohibió espresamente que ningun general se sirviese para su uso particular de los carros destinados para las tropas. El servicio de trasportes corria á cargo de una compañía, que alquilaba al estado sus carros con tiros y todo, y como se descubriese que favorecido por ella un mariscal, tenia varios á su disposicion, Napoleon reprendió severamente semejante infraccion de las reglas establecidas, haciendo responsable al principe Berthier del cumplimiento de sus órdenes. Entonces no habian penetrado aun en el ejército los abusos que el tiempo y la riqueza de sus gefes, que cada vez iba en mayor aumento, no tardaron en introducir en él.

Napoleon mandó en seguida reunir gran cantidad de grano á lo largo del Rhin, y fabricar galletas para conducir aquellos víveres á Maguncia y desde allí hácia Wurtzburgo, embarcándolas en el Mein. Situada la ciudad de Wurtzburgo en la Franconia alta, cerca de los desfiladeros que desembocan en Sajonia, y dominada por una escelente ciudadela, debia ser nuestra base de operacion; pero Napoleon indagó si en las inmediaciones habria otros puntos fortificados, y como los oficiales que salieron sigilosamente á reconocer el terreno, designasen á Forchheim y Kronach, mandó armarlas, para depositar allí con toda seguridad los víveres, municiones y utensilios que habia resuelto reunir.

Hacia algunos meses que Wurtzburgo pertenecia al archiduque Fernando, que habia ido siendo sucesivamente gran duque de Toscana, elector de Salzburgo, y por último, desde la paz con Austria, duque de Wurtzburgo. Por lo demas, el referido principe pedia se le agregase á la confederacion del Rhin, en medio de la cual se hallaban sus nuevos estados, y siendo como era tan bondadoso como entendido, estaba dispuesto en favor de Francia como podia estarlo un principe austriaco, de suerte que Napoleon estaba seguro de conseguir de él cuanto fuese necesario para llevar á cabo los preparativos que iban á hacerse. Wurtzburgo se convirtió, pues, en el punto céntrico donde se reunian los hombres y el material que Napoleon habia mandado juntar.

Por lo que hace á dinero, no faltaba desde la crisis rentística del año anterior, y ademas el tesoro del ejército era un recurso de mucho precio,